

## Distintos y parecidos...



Manzanillo, verano de 1977. Los Hijos de la Caridad se establecen en la parroquia de la Purísima Concepción de esta ciudad. Miguel, Andrés, Enrique y Rodolfo.

Los tres primeros, sacerdotes religiosos venidos de Francia, Rodolfo, sacerdote cubano y novicio de esta Congregación. Y en todos una nota común: su pasión por Dios y por el pueblo.

Cada uno con su originalidad, pero todos con la misma misión dada por su Fundador, el padre Juan Emilio Anizán, la de hacer presente a Jesús entre los que viven «como ovejas sin pastor» (Mt. 9, 36).

Dos de ellos me resultaban, particularmente, muy contrastantes. Uno por ser muy francés y el otro por ser muy cubano. El haber nacido en países tan distantes, geográfica y culturalmente, no fue óbice para que un día el buen Dios los mirara a los ojos y desde ese momento comenzaran a acercarse el uno al otro, para un día llegar a hacer equipo juntos en la Familia sacerdotal de los Hijos de la Caridad.

**Andrés**, proveniente de una familia católica de Lille, Francia; **Rodolfo**, sin más referencia a la Iglesia durante su niñez y juventud primera, que la de un contrato que le hiciera el cura de Cueto para que sonara una matraca avisando para los oficios de Viernes Santo.

Y pasado el tiempo... Andrés, ya cura párroco, con su andar presuroso, su eterna sonrisa, y ese acento galo que ni el tiempo logró atenuar, y Rodolfo, hecho un sacerdote obrero, con ese talante suyo que nos era tan familiar, como si siempre lo hubiéramos conocido, con su guitarra en ristre y su mano ruda y firme para guiar.

En su ministerio pastoral, sus miradas estaban puestas sobre todo el rebaño y no solo sobre las pocas ovejas que formábamos parte del redil eclesial: «Tengo otras ovejas que no son de este redil», expresó alguna vez el Buen Pastor (Jn. 10, 16).

Ellos se sentían pastores de los de adentro y de los de afuera, era su deseo que los de afuera pudieran verlos como sus sacerdotes. Pero esto no quería decir que los de adentro, no los sintiéramos nuestros. Era su sueño como sacerdotes, ser puentes tendidos entre unos y otros, y entre todos y el Padre.

Quizás no lograron en aquel tiempo, hostil por cierto, que muchos de afuera entraran al redil, pero sí nos enseñaron a muchos de nosotros a contemplar aquella realidad con una nueva mirada.

Además de que Rodolfo llegara a decir: «Mi torno es mi confesonario» y a Andrés se le viera subir y bajar por las calles de Manzanillo con ese celo apostólico que le caracterizaba.

Los dos sabían llegar a la gente. Cada uno a su manera y ambos a la manera de Cristo. Para mí, Andrés era el Padre y Rodolfo el hermano, Andrés, el consuelo, y Rodolfo, el despertador, Andrés, el que se dejaba amar y Rodolfo, al que se llegaba a amar. Ambos eran signos vivos de amistad, entrega total, fidelidad.

Una anciana del barrio de La Loma, donde está enclavada la Capilla «San Juan Bosco» que Rodolfo atendía, apodó al P. Sánchez (como también se le llamaba) **«ladron de corazones»**, por su don de gentes y su manera de hacerse querer por el pueblo; de otra parte, no son pocos los fieles que aun recuerdan a Andrés como un auténtico «santico», incansable pastor de enfermos.

Cada uno tenía sus propios carismas, pero los dos presbíteros supieron vivir el carisma fundacional de la Orden que los unió para ser testigos del Dios que es Amor («ya que nos entregamos a Dios, hagámoslo totalmente, espléndidamente» (J.E. Anizán, fundador).

Ambos fueron también hombres de la Eucaristía. De la Eucaristía brotaba la espiritualidad de estos dos curas, que también nos hicieron descubrir y vivir a muchos jóvenes -y a otros no tan jóvenes- de aquellos años, el verdadero sentido de la Misa. Como el lugar cristocéntrico de la ofrenda de la vida cotidiana, como el momento salvífico y transformador que nos prepara para continuar la misión.



Cada Misa es un subir y bajar el monte Tabor, es visitar el Cielo, es llenarse de él...es ahora, verlos a ellos dos, resucitados, durante la Eucaristía en medio de nosotros.

En este año dedicado a los sacerdotes y recién estrenando el luminoso tiempo pascual, quiero dar gracias a Dios por haberme permitido conocer a estos dos sacerdotes, tan distintos y tan parecidos, Andrés y Rodolfo, sacerdotes para siempre y por siempre recordados en este suelo oriental.

**Bartolomé Ugalde R.**, Manzanillo, lunes 5 de abril, 2010

-